



# LUNA BORRACHA

Edna Ochoa

**Eso** me lo contaron, yo no sé; por ahí decían, los grandes, los más viejos del pueblo, los de San Miguel Huautla, que en tiempos de antes, ¡uh, sabrá cuándo!, la Noche andaba de menor importancia, nomás era para dormir y ya, y que por eso la Luna estaba muy triste. “¡Ay, ingratos! Cómo es que los hombres no me festejan”. Así hablaba, pues; puros ayes de esto y aquello, debido a que sólo le hacían fiestas al Sol. Todo de mañana, nada para la noche. Por más que se adornaba, ya de luna llena, menguante, creciente o tiernita, en vano, nada de mirarla los hombres. Se sentía como que muy despreciada, ¿no? Entonces que habla con sus hermanas Estrellas.

—Quiero ir allá, hasta abajo, con los hombres. Voy a ver por qué no me alegran.

—Está bien. Nosotras te guardamos tu lugar, nomás no te tardes.

Así convinieron, pero cuando se estaba poniendo el huipil, pensó que no era bueno ir sola, fuera a pasarle algo. Y ahí va pa’ tras, a pedirles que la acompañaran. Como que no querían las otras, y pues, la verdad, fácil no es andar de viaje y dejar sola la casa. “Vamos, dijeron las Cabrillas a sus otras hermanas, no nos hemos de entretener mucho”. Aceptaron al fin. Cuando iban de salida se despidieron de la viejecita Noche, que tejía y tejía una faja de silencio.

—Nana Ñola, al rato venimos. Vamos a pasar, allá pa’ abajo.

—Está bien, pero no se tarden, no sea que su schunco les lllore.

—No, aquí estamos pronto de vuelta.

Echaron la carrera, y ahí van todas juntas. Bajaron por el río, se acuestan en su corriente y que se salen en una de las



orillas del poblado. Exprimieron las enaguas y nomás iban goteando sus largos cabellos, brille y brille, hasta que llegaron al principio del camino real. Los animales al sentir las deshilvanaron sus pescuezos y no estaban nada de sosiegos. “Hay que avisar a todos”, decían los hombres de las primeras casas. Tocaron la tambora. Se reunieron todos los hombres y los animales del pueblo. La Luna se sentó junto a los ancianos. Todos estaban maravillados de tan grandes visitantes, que no sabían cómo agradecerlos. Y en ese momento pensó Luna en tratar su asunto.

—¿Por qué no hacemos una fiesta?

Una de las viejas le dijo:

—No sabíamos que te gustaba, señora Luna.

—Sí, ¿cuándo la hacemos?

—Pos vámonos poniendo de acuerdo —dijo otro anciano.

“¡Sí!”, dijeron todos los hombres. Catorce conejos saltaron a donde estaba Luna.

—Señora, ¡cómenos!

Y así, tlacuaches, palomas, venados, iguanas, cuetlas y chintetes se ofrecieron para ser guisados el día de la fiesta. Todo se acordó esa noche. Y todo estaba listo cuando llegaron a su fiesta. Los cohetes empezaron a silbar y a lanzar sus destellos en el cielo. Entraron, pues, a la casa de Costumbre y los músicos empezaron a tocar. Unas mujeres calentaban las tortillas como lunas en los comales, otras movían los moles y las carnes en las grandes cazuelas. Luna y Estrellas empezaron a comer y a beber aguardiente. Luna estaba tan contenta que empujó tragos con todos. Cuando comenzó el baile las Estrellas hablaron con su señora:

—Luna, ya vámonos. Mira, qué es eso, ya andas muy peda. ¡Vámonos! La Ñola nos espera.

—No, yo aquí me quedo. Voy a estrenarme unos pasitos con estos hombres.

Bueno, pos... se fueron. Su hermana siguió bebiendo. Todos estaban muy pedos y jariosos. Siguieron danzando toda la noche. Luna estaba tan borracha que era difícil sostenerla en pie.

—¿Qué hacemos?, ya está que se cae.

—Que siga bailando, y que se ponga más peda y la rifamos. Qué no ven lo contenta que se halla.

—Órale.

Así se entretuvieron con ella. Luego se fueron a sus casas, mientras Luna seguía en la bailadera y entrándole al aguardiente. Y no se dio cuenta de que empezaba a salir el sol. Y así se estuvo un buen rato más hasta que se quedó dormida. Desde entonces, cuando la vemos a las ocho o nueve de la mañana, es que se fue de borracha. ▲

---

**Edna Ochoa.** Escritora y periodista mexicana. Estudió periodismo en la escuela Carlos Septién García y actuación y dirección escénica en el Centro de Arte Dramático A. C. y en el Foro de Teatro Contemporáneo. Doctora en Literatura por la Universidad de Houston y profesora en el Departamento de Literatura y Lenguas Modernas de la Universidad de Texas-Pan American. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores, del Instituto Nacional de Bellas Artes y del Centro Toluqueño de Escritores. Entre sus libros, cabe citar *La cerca circular* (cuentos, 1986) y los poemarios *Sombra para espejos* (1989) y *Respiración de raíces* (1993). Ha traducido al español *Zoot Suit* de Luis Valdez (2004) y *How the Frog and His Friend Saved Humanity* de Víctor Villaseñor (2005). También se han puesto en escena varias de sus obras de teatro, como *La boda de la Mujer Maravilla*, *Pastel de tres leches*, *La paracaidista*, *La Jacobina*, *La hoja 53* y *El ángel despedido*. Pertenece al Colectivo Voz de Tierra.